

## EL AJETREO PSICOSOMÁTICO

GONZALO GARAY\*

*Profesor Adjunto de Psicopatología Freudiana, Facultad de Psicología, Universidad Nacional de Rosario.*

Se suele calificar de “psicosomático” a un fenómeno cuando no es comprendido cabalmente por la “medicina oficial”. Otras veces, aun conociendo la causa orgánica, se invoca a una vaga “disminución de las defensas”, o al *stress*, siempre eficaz, ya que los seres humanos nos adherimos a cualquier sentido que nos explique que una cosa se relaciona con otra. Se trata de la diferencia entre “explicación” y “razón”.

También se recurre a “psicosomático” cuando la persona nos refiere sucesos, que en general, y desde un incierto marco teórico, calificamos de sufrimiento psíquico o moral al que adscribimos luego la instalación de una enfermedad de tratamiento médico.

La Medicina descubre las razones, establece las relaciones proporcionales de “causa-efecto”. Pero ¿puede hacerlo el Psicoanálisis con igual procedimiento lógico? Querer hacerlo es un forzamiento que termina aplastando al Psicoanálisis contra “las razones médicas”.

El Psicoanálisis carece de toda acción específica para el tratamiento “psicosomático”, porque su forma de razonar es diferente, ya que excluye la causalidad de su procedimiento, que se fundamenta “al revés”, retroactivamente, sin capacidad de predecir los efectos. La *verdad* en Psicoanálisis se alcanza cuando las cosas ya han ocurrido. Como su lógica es muy rigurosa, decirse o trabajar como psicoanalista provee de una apariencia de “seriedad”, a quien se sirve a mansalva del método para explicar cualquier cosa.

Freud nunca habló de “enfermedades psicosomáticas” sino de “conversiones histéricas”; y Lacan le dio

una articulación rigurosa a los experimentos de Pavlov y sus consecuencias. El Psicoanálisis afirma que aquellas afecciones que comprometen el cuerpo o son histeria o no son del campo del Psicoanálisis y pertenecen por lo tanto al de la Medicina. Freud nunca se refirió a su tumor como psicosomático.

El “cuerpo” del Psicoanálisis y el de la Medicina no son el mismo “cuerpo”, aunque sus lesiones aparezcan superpuestas. Este malentendido proviene o bien de no haber entendido qué cosa es el cuerpo en Psicoanálisis, o bien para servirse –económicamente, que duda cabe– de la imprecisa pausa entre el “cuerpo oficial” y el que la histeria, “inventora” del Psicoanálisis, introduce.

A esa pausa, a esa solución de continuidad, el Psicoanálisis la llama Inconsciente. Es quizás lo insoponible de este no saber lo que induce a los médicos, muchas veces de buena fe, y otras no tanto, a taponar esta invención del Psicoanálisis con un falso saber de lo que allí ocurre. Se trata de Conductismo –hoy enmascarado con otros nombres más potables en el mercado– y envuelto con jerga psicoanalítica.

La Medicina supone la existencia de una causa a descubrir. Para el Psicoanálisis, por el contrario, la causa queda por fuera de las palabras. No es algo material. El médico está obligado a buscar la Causa, el psicoanalista a preservarse de su encuentro, ya que en vez de la “causa”, el psicoanálisis ubica allí una Falta, una Carencia fundamental de saber que no se puede saber jamás. No se entiende cómo el Psicoanálisis sería útil para una teoría de lo psicosomático y por lo tanto para una cura específica.

\* Psiquiatra. Correo electrónico: ggaray3@ciudad.com.ar

La Medicina, la Ciencia y el Psicoanálisis se van a enfrentar irremisiblemente en el cuerpo ya que el cuerpo que tenemos y reconocemos como propio es el resultado de las infinitas inscripciones de los deseos que han escrito en él sus funciones y destino. Sin deseos y sin historia no hay cuerpo sino organismo. La Represión nos lo ha hecho olvidar y reaparecer. Ahora tenemos éste que padecemos y gozamos y que creemos el único y verdadero. La Medicina debe trabajar en él y también el Psicoanálisis, pero de manera tan diferente, ya que las concepciones de cuerpo lo son, que es tan inútil que el médico estudie Psicoanálisis como el psicoanalista Medicina. Las palabras que constituyen las fórmulas químicas tienen efectos y consecuencias muy diferentes a las que surgen en un análisis.

La neurosis histérica resulta de lo insoportable del encuentro entre una idea inconsciente de carácter incestuoso y el esfuerzo de desalojo de la misma por parte de la conciencia. Tratada de manera especial por el Yo esta idea se convierte en carne y disfunción. Se ha convertido en un síntoma en el cuerpo. No es ni psicósomática ni "médica". Es del campo del Inconsciente.

El segundo capítulo, por lejos el más ajetreado, es el de pretender relacionar con un sentido "psicológico" a una lesión orgánica real, y con "real" quiero decir que no se resuelve en el campo de la significación, como en el Psicoanálisis, sino con la palabra escrita: la fórmula de un fármaco. Por ejemplo: una idea puede producir pánico en una persona e indiferencia en otra. En la primera puede desencadenar un infarto y nada en la segunda. No hay nada "psicósomático" en esto. Sólo que la persona podría haberse preguntado el porqué de su sufrimiento ante esa idea de evidente carácter fóbico y para la que sí el Psicoanálisis es de utilidad. Idea, que por lo demás, desencadena todos los fenómenos químicos que se quieren y culminan en el infarto. La causa del infarto es química. La idea no. La Causa de la idea falta a la cita. Es Inconsciente. La Medicina se engaña con la biologización del Inconsciente. Y la promesa de comprensión de los fenómenos orgánicos por parte de los psicoanalistas engaña a los pacientes.

En realidad, tanto la Medicina y por ende la "psicósomática" ignoran que el cuerpo que conocemos, disfrutamos y sufrimos es resultado de lo que el Psicoanálisis denomina Represión Primordial y que sume al cuerpo "verdadero" en la nada. Para siempre. Más aún, lo transforma en un vacío, un agujero cuya función,

como la de un agujero negro, es ejercer sobre nosotros una hipermasiva atracción que el Psicoanálisis llama Pulsión de Muerte. Debatirnos con ella es vivir, pero sin ella no habría vida.

Nuestro Inconsciente nos fabrica un cuerpo hecho con percepciones singulares de la historia de los deseos inscriptos en nosotros. Ignoramos, además, que la realidad misma es leída en la clave del Complejo de Edipo. Este es el campo de operaciones del Psicoanálisis.

La Medicina opera no sobre el cuerpo sino sobre el organismo. El edulcorante anhelo de congraciarse con el cuerpo, la Medicina con el Psicoanálisis, responde o a una ficción más religiosa que científica o a una necesidad del mercado.

Esto no quiere decir que el Psicoanálisis no pueda tener efectos benéficos, pero sólo de manera inconsciente, es decir, bajo transferencia, fuera de lo medible, cuantificable o formalizable que es como procede la Medicina. El musgo de especialistas que han surgido en esta brecha entre la histeria y la Medicina sería motivo de una clasificación zoológica digna de Linneo. Numerosas técnicas, teorías, incluyendo "variedades de Psicoanálisis, regresiones, religiones, sanaciones" a cargo de diferentes "Padres", se han abocado con ahinco a suturar esta hendidura. Los éxitos, jamás reproducibles por carecer de toda formalización científica, quedan como anécdotas que todos, con alguna experiencia, podemos contar. Es decir, es un cuento.

El Psicoanálisis, al menos, es el único discurso que propone una razón y diferencias a un engorro semejante. Es que estamos divididos definitivamente entre el cuerpo que veo en el espejo y que es el que el médico estudia con instrumentos simbólicos, y el cuerpo irredento que mi madre quería para mí, no sólo físico, sino ideal. Cuerpo olvidado y superpuesto al que me veo. Sin estos cuerpos no hay cuerpo verdadero. Hay organismo. El afán de "unir", de integrar lo psíquico y lo somático es inútil; y la Ciencia al producir sus fórmulas rechaza, y así debe ser, toda subjetividad. Lo Real de la Ciencia no es el Real del Psicoanálisis.

Cuando enfermamos de "enfermedad orgánica", enfermamos del organismo. Por eso no se cura de palabra. No hay milagros. Se cura con la misma materialidad que el pensamiento descubre en su constitución: la fórmula química. Por supuesto que el organismo se

desorganiza por el “mal trato de la vida”, que no es natural sino empujada por nuestros deseos. Pero ya es tarde para organizarla con la palabra. Hay que hacerlo con el fármaco. La prueba a “doble ciego” lo atestigua. Los Psicoanalistas ¿podemos hacer algo?. Poco. Pero aunque más no sea podemos interrogar a esa “vida” cuya fantasmagoría nos lleva a ser héroes, pusilánimes o villanos, obligando al organismo a responder con su materia lo que no logramos con el pensamiento.

La relación del médico es con la enfermedad, y así debe ser para que sea objetivo, científico; si no sería un pastor. Pero también el médico deberá reconocer que sobre su persona se transfiere un poder imaginario, un lugar “paterno”, de autoridad, que el médico deberá sostener y saber utilizar en beneficio de la cura. Es fundamental que resista a la tecnología que atenta contra este poder.

No es necesario que los médicos pierdan tiempo estudiando Freud. Es mucho más importante que se

interroguen por su “deseo de curar”; por saber qué cosa es cada enfermo para cada médico. Eso se averigua en un análisis personal, sin estudiar una engorrosa teoría, la que, por otra parte, tampoco se puede aprender sin análisis, y cuya articulación con el “cuerpo orgánico” es oscura.

“Es muy de lamentar que la necesidad científica de una ‘última causa’, tangible y unitaria de la neurosis, haya de permanecer siempre insatisfecha. La solución ideal, ansiada probablemente aún hoy en día por los médicos, sería el del bacilo susceptible de ser aislado, cultivado y cuya aplicación a otros individuos provocase en ellos igual enfermedad. O también la existencia de materias químicas que produjeran o suprimieran determinadas neurosis. Pero estas soluciones del problema parecen carecer de toda verosimilitud. El Psicoanálisis conduce a resultados menos sencillos y satisfactorios.”<sup>1</sup>

(Recibido: junio de 2006. Aceptado: agosto de 2006)

#### REFERENCIA

1. Freud, S. *Inhibición, Síntoma y Angustia*. Obras Completas. Biblioteca Nueva; Madrid, 1973. Pág. 2871.

---

*...A los tres días de conocerle parecía que se conocían desde hace años; como en la radiofonia, en la amistad las ondas cortas son las que llegan más lejos.*

GUILLERMO CABRERA INFANTE (EN “UN OFICIO DEL SIGLO XX”)